



LETREN
FAKULTATEA
FACULTAD
DE LETRAS

Algunos aspectos de la educación en Roma

Miriam Abascal Sobrino

Grado en Filología Clásica

Curso académico 2018-2019

Tutores: Amalia Emborujó Salgado y Pedro Redondo Sánchez

Departamento de Estudios Clásicos

Resumen

El objetivo de este trabajo es mostrar algunos aspectos relevantes de la educación romana, para ejemplificar algunos de estos veremos diversos textos de autores latinos. Comenzamos con la Roma arcaica, cuando los romanos constituían una sociedad no muy desarrollada, básicamente agrícola y ganadera. Después, tenemos la referencia a la influencia fundamental con Grecia en muchos aspectos pero sobre todo en la educación y la vinculación entre educación y actividad literaria que trataremos después. Con respecto a esta cuestión analizamos dos figuras muy representativas: Catón y el primer maestro griego Livio Andrónico. El bilingüismo es el siguiente tema que tratamos, ya que hay que tener en cuenta que la cultura de los romanos de las clases altas fue en buena medida bilingüe, al igual que la educación.

Dentro del ámbito del sistema educativo romano consideramos dos aspectos: la educación llevada a cabo por maestros remunerados en las escuelas y la educación en el ámbito familiar, es decir, en manos del padre, la madre y el pedagogo. Por una parte, en cuanto al primer aspecto hay que dividirlo en tres etapas según el maestro que tenía cada una de ellas: el *litterator*, el *grammaticus* y por último, el *rhetor*, cada una de estas etapas era coherente con la edad de los alumnos y los objetivos que tenía que cumplir. Por otra, el segundo aspecto se desarrollaba en el seno de la familia, donde la madre tenía un papel muy importante en la educación del niño, pero sobre todo era el *paterfamilias* quien se ocupaba de este, y cabe mencionar que de la misma manera el pedagogo también era de gran importancia para el niño. De la misma forma, para finalizar haremos referencia a la educación de las niñas y el hecho de que según las fuentes epigráficas, al contrario que las literarias, existieron mujeres maestras.

Índice

1. Introducción.....	1-2
2. La educación romana primitiva.....	2
3. La introducción del sistema educativo griego.....	2-3
3.1. Resistencias a la influencia griega. Expulsiones de rétores y filósofos, Catón.....	3-5
3.2. La figura de Livio Andrónico.....	5
3.3. El bilingüismo.....	6-7
4. El sistema educativo (s. I a. C.- V d. C.).....	7-8
4.1. Las etapas de la educación romana.....	8
4.1.1. La enseñanza del <i>litterator</i>	8-10
4.1.2. El <i>grammaticus</i>	10-11
4.1.3. El <i>rhedor</i>	12-13
4.2. Relación entre padres, hijos y pedagogos.....	13-16
4.3. Educación de las niñas.....	16-18
5. Conclusión.....	18-19
6. Bibliografía.....	19-20

1. Introducción

La civilización romana puede dividirse en tres grandes periodos: la Monarquía (VIII-VI a. C.), la República (VI-I a. C.) y el Imperio (I a. C.-V d. C.). Comenzamos con la Monarquía, en esta época existía la educación primitiva, es decir, una educación en el entorno familiar que se desarrollaba en una sociedad agrícola. Después, con la expansión de Roma por el Mediterráneo a partir del siglo III a. C. se llevó a cabo un proceso de helenización, sobre todo, en la educación, sin embargo en este fenómeno hubo oposición por parte de algunos. Miles de prisioneros griegos fueron llevados a Roma y fueron eran los que se encargaron de la educación de los niños. Entonces, el Senado comenzó a expulsar a algunos retóricos y filósofos, ya que temían las consecuencias de su enseñanza. En este sentido, hablaremos por un lado de Catón, quien estaba en el Senado cuando se produjo la expulsión y creía que la cultura griega era deshonesto, y por otro, de Livio Andrónico, primer preceptor griego de una familia de la nobleza romana.

En la época del Imperio el sistema educativo se transformó en un sistema muy estable. Este ha llegado con todas las influencias hasta la época moderna. En primer lugar, comenzamos con la educación que impartían los maestros remunerados en las escuelas. Este sistema educativo se dividía en tres etapas: la escuela primaria, donde el maestro era el *litterator*, allí acudían niños desde los siete hasta los doce años y aprendían lectura, escritura y cálculo. Después, los alumnos que pertenecían a las clases más altas pasaban al siguiente periodo, la escuela secundaria, ahí el maestro era el *grammaticus*, se cursaba desde los doce a los dieciséis y aprendían la gramática y sus características. La última fase era la impartida por el *rhetor* y se cursaba a partir de los 20 años, una vez que los jóvenes terminaban la instrucción militar. El objetivo de este último periodo era formar al orador perfecto y para ello utilizaban textos de autores clásicos y manuales de los que luego hablaremos. Una vez terminadas estas etapas de la educación, si el alumno se lo podía permitir, podía seguir cursando sus estudios en Grecia. Aparte de esta educación existía también la que se impartía en el seno de la familia, aquí el padre era el mayor ejemplo para el niño, pero la madre también tenía un papel muy importante. De la misma forma, los pedagogos también acompañaban, protegían y educaban al niño. Por último, hay que mencionar que las niñas también eran educadas al igual que los niños e iban juntos a clase. Por ello, se sabe que hubo mujeres instruidas e incluso, reparando a las fuentes epigráficas, ya que las literarias solo hablan

de hombres maestros, sabemos que también había mujeres maestras, esto es, *paedagogae*.

2. La educación romana primitiva

La educación romana en su etapa más antigua se desarrollaba en un entorno rigurosamente familiar y se basaba en el *mos maiorum*. Hay que tener en cuenta además que esta sociedad arcaica era sobre todo una sociedad agrícola. Los hijos mayores labraban la tierra y pasaban la mayor parte del tiempo fuera de casa. Sin embargo, estas labores agrícolas se solían ver interrumpidas por la guerra, y por eso, los muchachos se entrenaban en equitación, caza, arco, jabalina, natación, carreras... En esa época donde la prioridad era la tierra, es comprensible que le dieran más importancia al entrenamiento físico que a la formación intelectual, aunque esta no faltara del todo. En la sociedad romana hombre y mujer compartían compromisos, pero en ámbitos diferentes: el hombre se ocupaba de los asuntos fuera de casa y la mujer dentro de casa. De la misma manera, ambos educaban de forma estricta a los hijos en su hogar. El *pater familias* tenía una enorme autoridad sobre los hijos (podía abandonarlos al nacer, azotarlos, encarcelarlos e incluso condenarlos a muerte). Como señala Bonner (1984, pp. 21-22) esta sociedad patriarcal y tradicional fomentaba el respeto hacia sus padres y hacia los ancianos de la familia, que se presentaban como un ejemplo que había que imitar. (H. I. Marrou, 1985, pp. 300-302)

En cuanto a las jóvenes, permanecían en el ámbito doméstico. Estas aprendían a hilar y tejer, pues las matronas hacían ellas mismas la ropa para todos los demás miembros de la familia, esto algo tan prestigioso en esos tiempos que perduró hasta la época de Augusto y este hizo que sus hijas aprendiesen esta labor todos los días del año. (Bonner, 1984, pp. 22-23)

Filiam et neptes ita instituit, ut etiam lanificio assuefaceret vetaretque loqui aut agere quicquam nisi propalam et quos in diurnos comentarios referretur. Suet., Aug., 64, 2.

3. La introducción del sistema educativo griego

Desde el siglo VIII a. C. se produjo un progresivo predominio político y cultural de los etruscos. Hay que tener en cuenta a estos, ya que las primeras influencias que tuvieron los romanos provenían de Etruria. Más tarde, la rivalidad que había por las rutas comerciales del Mar Tirreno en el siglo VI a. C. supuso una alianza etrusco-cartaginesa y se enfrentaron a los focos en Alalia entre el 545-535 a. C. A partir de

entonces, como señala Bravo “los etruscos presionados por las ciudades de la Liga Latina y por Roma, que iniciaba su proceso de expansión en Italia, se dirigieron al norte, donde fundaron un nuevo eje económico” (1998, pp. 43-48). En el 480 a. C. Italia y Sicilia vencieron a Cartago y comenzaron a luchar contra Etruria. El tirano Hierón derrotó a esta en Cumas y esto provocó el final de la influencia de los etruscos sobre las ciudades latinas. A comienzos del siglo IV a. C. ya habían comenzado los conflictos con Roma que se fue anexionando a las ciudades etruscas, esto le llevó hacia Campania y allí se encontraron con la Magna Grecia. (J. M. Roldán Hervás, 1995, pp. 43-47)

Marrou señala que “la evolución de la educación romana, en términos generales, fue paralela a la griega, pero más tardía, más lenta, y tal vez menos radical” (1985, p. 299). La aproximación al mundo griego comenzó a causa de la colonización griega de Italia meridional en los siglos VIII-V a. C. Desde los siglos VI-V a. C., la civilización romana fue evolucionando de manera independiente, al margen del mundo griego, sin sufrir todavía profundamente la influencia de éste. Sin embargo, queda claro que la educación romana se adapta en gran medida a la griega. A partir del siglo III a. C. Roma sufrió un proceso de helenización completo en el sistema educativo, tanto en su articulación concreta como en los contenidos que enseña. (De León Lázaro, 2013, pp. 469-472)

La presencia de lo griego en Roma aumentó tras la incorporación de la Grecia Continental en el siglo II a. C. después de la batalla de Pidna (168 a. C.). De esta forma, las escuelas helenísticas se afianzaron en Roma estableciendo tanto el sistema educativo como sus ideales. Asimismo, los maestros griegos llegaron a Roma con un dominio cultural enseñando en las casas de familias acomodadas o ejerciendo de forma libre su ocupación en las escuelas privadas. (T. Jiménez Calvente, 2005, p. 11)

De esta forma, la adopción y adaptación por parte de la sociedad romana del sistema educativo griego no fue un proceso que se desarrollara sin resistencias ni conflictos. En este sentido son significativas dos figuras que ayudan a entenderlo mejor: Catón y Livio Andrónico.

3.1. Resistencias a la influencia griega. Expulsiones de rétores y filósofos, Catón

Tras la conquista a finales del siglo III a. C. del sur de Italia, se intensifica la influencia helenística en Roma, miles de prisioneros fueron llevados allí, y muchos de ellos van a ser los que trabajen como preceptores y pedagogos en las familias romanas.

Pero esta influencia se acentúa sobre todo a partir del siglo II a. C., y concretamente tras la Tercera Guerra Macedónica (171 a. C. – 168 a. C.). El proceso se intensifica como se puede ver por un lado, en el plano lingüístico con la transmisión del conocimiento del griego entre los círculos dirigentes de la sociedad romana, que llegan a convertirse en bilingües y, por otro, en el plano cultural con la presencia en Roma de un gran número de maestros, retóricos y filósofos griegos, como por ejemplo Polibio, Diógenes de Babilonia, Panecio de Rodas, Diófanos de Mitilene, etc. Sin embargo, la llegada de las disciplinas griegas no fue aceptada de buen grado por buena parte de la sociedad romana. Catón el Censor fue portavoz de aquellos que atribuían a la cultura griega “gérmenes de desidia y de inmoralidad”. En el 173 a. C., estando Catón en el Senado, este expulsó a los filósofos epicúreos Alicio y Filisco y en el 161 a. C. una medida de orden general estableció la expulsión de todos los filósofos y rétores. (Bonner, 1984, p. 42; Marrou, 1985, p. 318)

Rethorica quoque apud nos perinde atque grammatica sero recepta est, paululo etiam difficilium quippe quam constet nonnumquam etiam prohibitam exerceri. Quod ne cui dubium sit, vetus <S.C.>, ítem censorum edictum subiciam: <C> Fannio Strabone M. Valerio <Mes>sal<l>a coss. M. Pomponius praetor senatum consuluit. Quod verba facta sunt de philosophis et <de> rethoribus, de ea re ita censuerunt ut M. Pomponius praetor animadverteret curaretque, uti ei e re publica fideque sua videretur, uti Romae ne essent. Suet., De Gramm., 25, 1-2.

Nom enim forensem quandam instituimus operam nec mercennariam vocem neque, ut asperioribus verbis parcamus, non inutilem sane litium advocatum, quem denique causidicum vulgo vocant, sed virum cum ingenii natura praestantem, tum vero tot pulcherrimas artis penitus mente complexum, datum tandem rebus humanis, qualem nulla antea vetustas cognoverit, singularem perfectumque undique, optima sentientem optimeque dicentem. Quint., 12, 1, 25.

Marco Porcio Catón (234-149 a. C.) llegó a ser cónsul en el 195 a. C. y censor en el 184 a. C. Se distinguió en estos cargos por defender una moral estricta fundada en la seriedad y en las costumbres tradicionales romanas. Es el autor de algunas de las primeras manifestaciones de la prosa latina en el siglo II a. C. En el 154 a. C. Catón hizo que el Senado expulsase a los filósofos Carnéades, Diógenes de Babilonia y Critolao, que eran embajadores de Atenas. Esto sucedió porque había una cierta preocupación por las consecuencias de su enseñanza, ya que conforme a la tradición de los sofistas eran capaces de componer discursos para defender o rechazar la misma tesis. Bonner (1984, p. 94) señala que los rétores siempre habían sido conocidos por hacer que lo peor pareciese lo mejor, “y pudiera ser que Catón, y otros como él, sintiesen aprensión sobre los efectos de la plausibilidad griega en los auditorios romanos y en sus decisiones”. Sin embargo, otros muchos romanos no consideraron a

estos un peligro y seguían con gran interés las enseñanzas de los rétores y filósofos griegos. (J. C. Fernández Corte y A. Moreno Hernández, 2014, pp. 171-172)

Quaero enim num possit aut contra imperatorem aut pro imperatore dici sine rei militaris usu aut saepe etiam sine regionum terrestrium aut maritimarum scientia; num apud populum de legibus iubendis aut vetandis, num in senatu de omni rei publicae genere dici sine summa rerum civilium cognitione et prudentia; num admoveri possit oratio ad sensus animorum atque motus vel inflammandos vel etiam extinguendos, quod unum in oratore dominatur, sine diligentissima pervestigatione earum omnium rationum, quae de naturis humani generis ac moribus pilosophis explicantur. Cic., De Orat., 1, 14.

Catón, dedicó gran parte de su tiempo a educar a su hijo de la forma que él consideraba apropiada. El ideal de *humanitas* para él concernía al *bene sapere*, *bene dicere* y *el bene vivere*. De esta forma el *vir bonus dicendi peritus* (expresión atribuida a Catón) “se identificaba como un buen orador: un íntegro ciudadano romano que, por su originaria y singular firmeza de carácter y su dilatada experiencia en la vida pública, sabe aplicar la cultura y la filosofía de procedencia griega a su actividad política y profesional, mostrando así que posee una formación plena y equilibrada”. (O. Negrín Fajardo y J. Vergara Ciordia, 2011, pp. 90-91)

3.2. La figura de Livio Andrónico

Un caso representativo de esta afluencia de pedagogos griegos a Roma lo constituye la presencia en la misma, después de la conquista de Tarento (ca. 213 a. C.-212 a. C.), de Livio Andrónico, primer maestro griego de una familia de la *nobilitas* romana, que fue llevado a Roma como esclavo tras la caída de su ciudad y liberado después por quien le encomendó la educación de sus hijos. Livio Andrónico enseñó tanto en griego como en latín; fue de los primeros maestros que leyó a Homero en griego con sus alumnos y además tradujo la *Odisea*. La importancia de dicha traducción no está tanto en su valor literario cuanto en que se trataba del texto que se utilizaba en la escuela hasta que fue sustituida por *La Eneida*. Suetonio califica a Andrónico como “medio griego”. (Marrou, 1985, p. 319; Bonner, 1984, pp. 38-39)

Initium quoque eius mediocre extitit, siquidem antiquissimi doctorum, qui idem et poetae et semigraeci erant – Livium et Enium dico, quos utraque lingua domi forisque docuisse adnotatum est- nihil amplius quam Graecos interpretabantur aut si quid ipsi Latine composuissent praelegebant. Suet., De Gramm., 1, 2.

En el año 204 a. C. llegó a Roma con ayuda de Catón, procedente también del sur de Italia, Ennio. Ambos fueron escritores y maestros y continuaron la tradición de los poetas-eruditos alejandrinos. (Bonner, 1984, p. 39-40)

3.3. El bilingüismo

Las relaciones culturales entre el mundo griego y Roma conducen a una situación particular por la que el griego conseguirá en Roma una posición específica y sin comparación a la de ninguna otra lengua, ya que las modalidades y la intensidad de los contactos que había entre los dos mundos no era comparable con la que se mantenía con otros. Así, como ya hemos indicado, los elementos culturales griegos estuvieron presentes siempre desde la historia más antigua de Roma, pero es a partir de los siglos III-II a.C., cuando se puede hablar de una aparición firme de lo griego en Roma. La expansión por el mundo helenístico a lo largo de esos siglos ofrece dos posibilidades de contactos: por una parte, las propias vivencias personales de muchos romanos en Oriente y por otra, la llegada a Roma de muchos esclavos de habla griega y también de griegos libres que llegaban atraídos por las oportunidades de una ciudad que era el centro político y económico del Mediterráneo. (P. Redondo, 1996, p. 13-14)

Con respecto a la educación, la adaptación del sistema educativo griego es un proceso activo que tiene mucho que ver, como señala Marrou, con la cualidad que Polibio, griego llegado a Roma en esa época, reconocía en los romanos: su gran aptitud asimiladora. Ya se ha indicado que el sistema educativo era bilingüe, desde el principio se confiaba al niño a una nodriza o a un pedagogo que hablase griego. El niño aprendía a hablar esta lengua incluso antes de hablar latín. Esto es algo que preocupaba a Cicerón ya que no quería que el niño hablase latín con acento extranjero. El niño en la escuela estudiaba en los dos idiomas simultáneamente. De la misma forma, Quintiliano también menciona a los niños que estudiaban y hablaban en griego. (1985, p. 335-341)

De pueris inter quos educabitur ille huic spei destinatus ídem quos de nutricibus dictum sit. De paedagogis hoc amplius, ut aut sint eruditi plane, quam primam esse curam velim, aut se non esse eruditos sciant. Nihil est peius iis qui paulum aliquid ultra primas litteras progressi falsam sibi scientiae persuasionem induerunt. Nam et cedere praecipendi partibus indignantur et velut iure quodam potestatis, qua fere hoc hominum genus intumescit, imperiosi atque interim saevientes stultitiam suam perdacent. Quint., 1, 1, 8.

A propósito de esto, se sabe que la mayoría de los romanos con el tiempo reconocieron la cultura griega como el origen de su propio desarrollo intelectual. A este respecto, el poeta Horacio llegó a decir (Ep., 2, 1, 156) “*Graecia capta ferum victorem cepit et artes intulit in agresti Latio*”. En las escuelas los niños manejaban textos tanto en griego como en latín y establecían comparaciones entre los autores griegos y latinos, por ejemplo entre Cicerón y Demóstenes u Homero y Virgilio. (Marrou, 1985, pp. 330-331)

“Post impetratam studiis meis quietem, quae per viginti annos erudiendis iuvenibus inpenderam, cum a me quidam familiariter postularent ut aliquid de ratione dicendi componerem, diu sum equidem reluctatus, quod auctore utriusque linguae clarissimos non ignorabam multa quae ad hoc opus pertinerent diligentissime scripta posteris reliquisse.” Quint., 1, 1.

“Oratores vero vel praecipue Latinam eloquentiam parem facere Graecae possunt: nam Ciceronem cuicumque eorum fortiter opposuerim. Nec ignoro quantam mihi concitem pugnam, cum praesertim non id sit propositi, ut eum Demostheni comparem hoc tempore: neque enim attinet, cum Demosthenem on primis legendum et ediscendum potius putem”. Quint., 10, 105.

En lo que respecta a este sistema de enseñanza escolar bilingüe, se produjeron manuales en las dos lenguas desde principios del siglo III a. C., los llamados *Hermeneumata Pseudodositheana*, que tuvieron una gran difusión incluso en la Edad Media. (Marrou, 1985, p. 341)

Roma contaba con un gran número de maestros y pedagogos griegos porque las relaciones con el mundo helenístico crearon una “demanda educativa” que se vio satisfecha por la afluencia de estos. Además, estos preceptores griegos no tenían oponentes, porque el predominio del sistema educativo griego comparado con las antiguas formas romanas fue generalmente reconocido. Los romanos fueron conscientes de las ventajas de una segunda lengua que proporcionaba la *exercitatio linguae* para el perfeccionamiento de la propia. Esta existía junto con la preocupación de conseguir buenos pedagogos griegos y con determinadas prácticas escolares como la traducción. De esta forma, una razón más para la presencia del griego en la enseñanza puede verse en la falta de material de lectura de alta calidad en latín en el momento en el que el sistema educativo se establecía y afianzaba en Roma. (Redondo, 1996, p. 16)

Asimismo, hay que tener en cuenta que muchos romanos aprendieron griego, pero pocos griegos aprendieron latín, solo los jóvenes que pertenecían a familias aristocráticas superiores. De la misma forma, era algo inusual encontrar a algún griego al que le interesase la literatura latina. (Marrou, 1985, p. 334)

4. El sistema educativo (s. I a. C.- V d. C.)

En Roma la educación no era obligatoria ni estaba controlada ni financiada por el Estado, que no se preocupaba por organizar, reglamentar o estructurar el sistema educativo que debían tener los niños, sino que se entendía como un asunto que quedaba en manos privadas. Sin embargo, en la época imperial parece que el Estado intervino de alguna forma concediendo a los maestros ciertos privilegios de orden fiscal y, al menos en determinados casos, la administración asume los pagos de los sueldos. Por otro lado,

no existía ningún tipo de estudios, ni se pedía ninguna condición ni formación específica para ser maestro. (Marrou, 1985, pp. 383-386; M. Moro Ipola, 2007, p. 126)

En cuanto al origen social de los maestros, provenían en su mayoría de las clases sociales más bajas. Un ejemplo muy representativo de esto es que de los 20 *grammatici* que aparecen en la obra de Suetonio *De Grammaticis et rethoribus*, 14 fueron esclavos de nacimiento, 2 se convirtieron en esclavos al ser niños abandonados y tan solo 4 fueron libres de nacimiento. Suetonio asegura que los hombres libres de nacimiento solo se dedicaban a enseñar cuando no tenían una opción mejor. (Marrou, 1985, p. 324)

M. Valerius Probus, Berytius, diu centuriatum petit, donec taedio ad studia se contulit. Legerat enim in provincia quosdam veteres libellos apud grammaticam, durante, adhuc ibi antiquorum memoria necdum omnino abolita sicut Romae: hos cum diligentius repetere atque alios deinceps cognoscere cuperet, quamvis omnes contemni magisque opprobrio legentibus quam gloriae et fructui esse animadverteret, nihilo minus in proposito mansit multaue exemplaria contracta emendare ac distinguere et adnotare curavit, soli huic nec ulli praeterea grammaticae parti deditus. Suet., De Gramm., 24, 1-2

4.1. Las etapas de la educación romana

A lo largo del proceso de asimilación de la enseñanza helenística se establecieron tres etapas en el recorrido escolar según el ámbito de formación de la que se encargaba a los diferentes maestros: *litterator*, *grammaticus* y *rhetor*. Esta organización se mantuvo esencialmente invariable a lo largo del tiempo y consiguió, además, extenderse de igual manera por los centros urbanos más importantes del Imperio romano. Para el periodo de la República ya había 20 escuelas bien atendidas en Roma, como señala Suetonio en el siguiente texto. (Marrou, 1985, p. 324)

Posthac magis ac magis et gratia et cura artis increvit, ut ne clarissimi quidem viri abstinerent quominus et ipsi aliquid de ea scriberent utque temporibus quibusdam super viginti celebres scholae fuisse in urbe tradantur; Suet., De Gramm., 3, 4.

4.1.1. La enseñanza del *litterator*

A la primera etapa de la enseñanza acudían tanto niños como niñas desde los 7 hasta los 11 años. El maestro general de esta etapa era el *litterator*, a veces llamado también *paedagogus* “el maestro de lectura y escritura”. Su figura se basaba en la del *γραμματιστής* griego. Parece que a su lado estaba en ocasiones el *ludi magister*, que se encargaba como el *litterator* de la lectura y escritura, y daba algunas pequeñas nociones sobre aritmética y números, y también el *calculator*, de quien se tiene poca información, que se ocupaba de enseñar el cálculo. Con estos maestros el niño aprendía los *abecedarii*, *sylabarii*, *nominarii* y por último *calculi*. (Bartolomé Martínez, 1992, p. 79)

Estos maestros de los que hablamos pertenecían a una clase social baja y apenas tenían el respeto de los padres o los alumnos, por lo que como era habitual, a veces lo conseguían por medio de castigos corporales a los niños. El lugar donde se impartían las clases variaba mucho según las circunstancias personales y el precio del alquiler que podía pagar el maestro. Contamos con testimonios que muestran los lugares donde la enseñanza en Roma era de una variedad considerable. En alguna ocasión sucedía que el maestro al no tener medios para alquilar un local tenía que dar la clase al aire libre. De la misma forma, podía dar sus clases en su propia casa, pero esto suponía restricciones en cuanto al número de alumnos. Lo mejor era alquilar un edificio que estuviese en el foro, así podía darse a conocer mejor. Lo más corriente era que la *pergula*, local situado en una plaza céntrica de la ciudad que se podía alquilar, estuviera casi a la intemperie pues se separaba solo de la calle con una cortina (*velum*). (Marrou, 1985, pp. 347-349; Bonner, 1984, pp. 157-167)

Docuit primum in Divi Iuli domo pueri adhuc, deinde in sua privata. Docuit autem et rethoricam, ita ut cotidie praecepta eloquentiae traderet, declamaret vero nonnisi nudinis. Suet., *De Gramm.*, 6, 2.

Hic initio circa scaenam versatus est dum mimographos adiuvat, deinde in pergula docuit, donec comentario Zmyrnae edito adeo inclaruit ut haec de eo scriberentur...sed cum doceret iam multos ac nobiles-in his Iullum Antonium triumviri filium- ut Verrio quoque Flacco compararetur, dimissa repente schola transiit ad Q. Sexti philosophi sectam. Suet., *De Gramm.*, 18.

El mobiliario que se utilizaba en las escuelas era sencillo: el maestro se sentaba en una silla con o sin respaldo, *cathedra o sella*, situada en una especie de tarima (*pulpitum*), cubierto con una toga romana o manto griego y provisto de estuches cilíndricos donde guardaba los papiros, mientras los niños se sentaban formando un semicírculo alrededor del profesor en bancos de madera sin respaldo. Se desconocen más herramientas escolares aparte del material de leer y escribir. Para estudiar los textos literarios usaban el papiro, pero para los ejercicios para aprender a escribir se usaban las tablillas enceradas (*tabula cerata*) y un punzón (*stilus*). (Bonner, 1984, pp. 171-175)

“Illa quoque minora (sed nihil in studiis parvum est) non sunt transeunda: scribi optimi ceris, in quibus facillima est ratio delendi, nisi forte visus infirmior membranarum potius usum exiget, quae ut iuvant aciem, ita crebra relatione, quotiens intinguntur calami, morantur manum et cogitationis impetum fragunt. Reliquendae autem in utrolibet genere contra erunt vacuae tabellae, in quibus libera adiciendi sit excursio. Nam interim pigritiam emendandi angustiae faciunt, aut certe novorum interpositione priora confundunt.” Quint., 10, 3, 31-32.¹

El curso comenzaba en octubre y solía terminar en junio. Cada ocho días tenían uno libre, que coincidía con el día de mercado (*nundinae*). Las clases comenzaban al

¹ Para más información consultar <https://latin.packhum.org/>

alba, tenían un pequeño recreo a media mañana, paraban al mediodía y seguían hasta la tarde, en total eran unas seis horas diarias. Sin embargo, en los niveles superiores de la educación la clase se limitaba a la mañana (G. Soriano Sancha, 2006, p. 113)

Como hemos señalado el fin básico de estas escuelas era conseguir una formación básica en lectura, escritura y cálculo. Comenzaban por el alfabeto y el nombre de las letras, después las sílabas y finalmente las palabras. Después, trabajaban con frases y textos breves que, a la vez que ejercitaban el manejo de lo previamente aprendido les proporcionaban formación moral. Estos textos eran sobre todo las fábulas (*fabulae*) que tenían que memorizar y trabajar sobre ellas amplificándolas, abreviándolas o formulándolas de formas diferentes. Así, se ejercitaban también en los aspectos lingüísticos y estilísticos y morales. (Bonner, 1984, pp. 171-188)

Para aprender el alfabeto o las tablas que enseñaban el *litterator* y el *calculator*, lo hacían de memoria con un canturreo que se podía escuchar en la calle. Esto servía para formar el espíritu del niño y ayudarles a memorizar mejor. Pero Quintiliano no estaba de acuerdo con este sistema. (Marrou, 1985, pp. 348-349; Bonner, 1984, p. 222).

Prosequitur haec memoria in senectutem et inpressa animo rudi usque ad mores proficiet. Etiam dicta clarorum virorum et electos ex poetis maxime (namque eorum cognitio parvis gravior est) locos ediscere inter lusum licet. Nam et maxime necessaria est oratori, sicut suo loco dicam, memoria; et ea praecipue firmatur atque alitur exercitatione et in his de quibus nunc loquimur aetatibus, quae nihildum ipsae generare ex se queunt, prope sola est quae iuvari cura docentium possit. Quint, 1, 1, 36.

Asimismo, había veces que los niños también aprendían a través de juegos y trabajo en grupo, pues esto desarrollaba la competición y el deseo de sobresalir, algo muy valorado en Roma en ese momento. (Marrou, 1985, p. 351; Bonner, 1984, p.)

M. Verrius Flaccus, libertinus, docendi genere maxime inclaruit. Namque ad exercitanda discentium ingenia aequales inter se comittere solebat, proposita non solum materia quam scriberent sed et praemio quod victor auferret; id erat liber aliquis antiquus, pulcher aut rarior. Suet., De Gramm., 17, 1.

4.1.2. El *grammaticus*

La segunda etapa de la enseñanza estaba reservada a un número de jóvenes más limitado, los que pertenecían a una clase más alta. Las escuelas de gramática aparecieron en el III a. C. y se cursaba entre los 12 y 16 años de edad. El local seguía estando en el foro y tapado por una cortina. El sueldo del *grammaticus* era más elevado que el del *litterator* aunque ese oficio seguía estando mal pagado. (Bartolomé Martínez, 1992, p. 80; Marrou, 1985, p. 355)

La gramática tal como se entendía primero en Grecia y luego también en Roma constaba de dos partes: La *recte loquendi scientia* y la *poetarum enarratio*. Existe esta

dicotomía porque por un lado, está el papel del escritor como maestro de idioma y por otro, porque hay una necesidad de que la lengua de los poetas sea explicada, ya que se aleja del uso corriente del habla. Todavía hoy en día se puede ver esta diferencia como “teoría gramatical” y “lectura”, y de la misma forma perviven en el ámbito de la filología como “lingüística” y “ciencia de la literatura”. (Marrou, 1985, pp. 356)

Haec igitur professio, cum brevissime in duas partis dividatur, recte loquendi scientiam et poetarum enarrationem, plus habet in recessu quam fronte promittit. Quint. 1, 4, 2

La primera parte de la gramática es la *recte loquendi scientia*, con ella el alumno se forma en el uso correcto tanto oral como escrito de la lengua. El nivel de lo “correcto” y de lo “defectuoso” se conforma dentro de la teoría de las virtudes (*virtutes*). Estas se aprenden y en ese proceso la *imitatio* tiene gran importancia. Es fundamental que el alumno viva en un entorno donde haya buenos *exempla* en la moral y en el idioma. (Marrou, 1985, pp. 356-357)

Antes de llegar a la gramática el niño ha pasado, como hemos señalado, por el *litterator*, donde aprende a escribir y leer con formas más simples como por ejemplo las citas de poetas, máximas, frases y dichos célebres, fábulas, etc. Después, cuando ya domina este ámbito, pasa a la lectura y el comentario de los poetas. Con esto se busca dotar al alumno de un bagaje de contenidos y de palabras (*copia rerum et verborum*) tanto para las siguientes etapas de la enseñanza y la futura actividad profesional, como para la formación moral del niño. (Marrou, 1985, pp. 356-357)

La *poetarum enarratio* o *lectio* es la explicación de los textos. Comprende dos aspectos: comentario de la forma (*verborum interpretatio*) y comentario del fondo (*historiarum cognitio*). Gracias a los comentarios que se han conservado, como los de Servio podemos hacernos una idea sobre cómo se desarrollaba la explicación de los textos. En primer lugar, el análisis verso por verso y palabra por palabra paulatina y detallista, *explanatio*. Luego, el maestro explicaba “todo aquello que se narra”, es decir la mitología, literatura, etc., la *historiarum cognitio*, o *enarratio historiarum*. En esta concepción de la gramática era fundamental seleccionar bien los textos, estos deben ofrecer *exempla* para la *imitatio* gramatical y moral: seleccionan así autores que sigan los principios de la *virtus* gramatical, estilística, literaria y moral y los autores elegidos se convierten en modelos para la *imitatio* en el ámbito gramatical y moral. (Marrou, 1985, pp. 357)

4.1.3. El *rhetor*

El último nivel de la educación romana era el que impartía el *rhetor*, su figura es comparable con la del σοφιστής griego. Al contrario que en los dos niveles anteriores, este maestro estaba mejor remunerado. Esta etapa buscaba formar a los jóvenes en la oratoria, sobre todo judicial. Se cursaba a partir de los 20 años. Al principio las lecciones se impartían por parte de preceptores privados en casa, pero a partir del siglo II a. C. encontramos escuelas de retórica en griego. La retórica es una creación griega que tardó mucho en conseguir la aprobación de los romanos. Las escuelas de retórica en latín comienzan en el siglo I a. C., la primera escuela fue abierta en el año 93 por L. Plocio Galo, pero esta misma se cerró un año después por el decreto de los censores Gn. Domicio Ahenobarbo y L. Licio Craso, ya que creían que era una invención que iba en contra de la costumbre de sus antepasados, pero desde ese primer cierre, la enseñanza de la retórica en latín se va extendiendo cada vez más. De hecho, los primeros manuales de retórica en latín aparecieron también a principios del siglo I a. C. Uno de los más importantes y el único que comentaremos de esta época es la *Rethorica ad Herennium*, compuesta entre el 86 y el 82 a. C. (Marrou, 1985, pp. 326-327, 365-366; Bonner, 1984, pp. 93-98)

El fin primordial de este nivel se fundamentaba en los estudios retóricos por parte de los jóvenes más prometedores y con mayor potencial, una vez que estos terminaban su instrucción militar entre los 17 y los 20 años. Este nivel de educación era el máximo propósito del sistema educativo romano, tanto que la aptitud oratoria era la que en la Roma republicana daba más posibilidades de ascenso político y social. (Bonner, 1984, p. 94)

Quid enim quis aliud in máxima discentium multitudine, summa magistrorum copia, praestantissimis hominum ingeniiis, infinita causarum varietate, amplissimis eloquentiae propositis praemiis esse causae putet, nisi rei quandam incredibilem magnitudinem ac difficultatem? Est enim et scientia comprehenda rerum plurimarum, sine qua verborum volubilitas inanis atque inridenda est, et ipsa oratio conformanda non solum electione, sed etiam constructione verborum, et omnes animorum motus, quos hominum generi rerum natura tribuit, penitus pernoscenti, quod omnis vis ratioque dicendi in eorum, qui audiunt, mentibus aut sedantis aut excitandis expromenda est; Cic., De Orat., 1, 5, 16.

En este sentido tenían mucha importancia los *progymnasmata*. La metodología se basaba sobre todo en la práctica, en la que había diferentes actividades. La imitación era un ejercicio usual que no se atenía solo a la producción de textos, sino que era una práctica educativa elemental. El aprendizaje práctico (*exercitatio*) era la utilización práctica del *ars*. Su objetivo consistía en acrecentar los pensamientos y palabras de los que dispone el orador (*copia rerum et verborum*). Se podía ejecutar de tres formas

diferentes: *scribendo*, *legendo*, *dicendo*. En primer lugar, estaban los ejercicios de vocabulario, especialmente sinónimos y tropos, composición o redacción de textos, traducir textos griegos al latín (*vertere Graeca in latinum*) y la *paraphrasis*, que se trataba de imitar el texto que se estaba tratando de manera libre. Otro tipo de ejercicio eran los ya señalados *progymnasmata* o *praexercitamenta* que constaban de: la fábula, la narración o relato, el dicho (*crhria*), el lugar común, el elogio y vituperio, la comparación, el discurso de un personaje (*prosopopeya*), la descripción, la tesis y discusión de una ley. (H. Lausberg, 1999, pp. 1092; J. Bartolomé, 1996, pp. 25-26)

Con respecto a *legendo*, hay que señalar siguiendo a Lausberg que la *lectio* en cuanto *exercitatio* tenía una consecuencia para la práctica activa de la *ars*: la *imitatio*. “Por una parte, la *lectio* es la admisión que la obra escrita que tiene en el receptor. La lectura reiterada del texto profundiza en el lector hasta asentarse en la memoria de este y lleva finalmente a la *imitatio*. La *lectio* nos hace descubrir las perfecciones e imperfecciones de los autores, lo que nos dirige a la crítica literaria y con ello a la elección de los buenos autores. Por otra parte, la *imitatio*, se dirige a las *res* y las *verba*. Además la *imitatio* por sí sola es insuficiente y tiene que ser impulsada por el deseo de superar el modelo (*aemulatio*)”. (1999, pp. 1092)

Por último, están las *declamationes*, los discursos completos. Mientras que los *praexercitamenta* son sólo componentes de un discurso. Las *declamationes* del *genus iudiciale* se llaman *controversiae* y su asunto es un juicio fingido, se pueden utilizar desde la parte de la acusación o la defensa. Estaban además las *suasoriae* que versaban sobre tiranos, rapto de niños, piratas, envenenamientos, etc. (Lausberg, 1999, pp. 1092)

Tras terminar los estudios de retórica de este último nivel, si era posible, podía continuar sus estudios en Grecia para conseguir una mayor profundización. Por ejemplo, se puede mencionar aquí a Cicerón. Este al terminar su formación en Roma, viajó a Atenas para proseguir sus estudios y allí fue instruido por Antíoco de Ascalón, Zenón y Fedro, y en Rodas por Posidonio de Apamea y del retórico Apolonio. (C. Codoñer, 1997, pp. 332-333)

4.2. Relación entre padres, hijos y pedagogos.

Los primeros romanos nombraban la educación con la palabra latina *educatio*, que designa la enseñanza tanto física como moral del niño para que este se integre en el mundo de los adultos. Esta palabra, que es comparable con el término griego τροφέ, empezó a usarse en latín por influencia del griego. Este vocablo iba acompañado de

otros para señalar que en la educación de Roma había dos etapas diferenciadas: por una parte, está la que acabamos de ver en los puntos anteriores, con las escuelas, la vida pública, etc.; y por otra, la crianza en casa, en el seno de la familia, que se basaba en proveer al niño un conjunto de cuidados físicos e infundirle hábitos morales básicos. (Negrín Fajardo y Vergara Ciordia, 2011, p. 88-94)

Los romanos creían que la familia era el ambiente natural donde debía crecer y formarse el niño. Cabe destacar la autoridad soberana que tenía el *paterfamilias* y la *patria potestas* que ostenta. La palabra *pater*, además de la idea de “generación”, expresa también las ideas de “protección” y de “poder”. El *paterfamilias* era un ciudadano *sui iuris*, sin él no había *domus* ni familia. En efecto, la educación romana se fundamentaba en los valores tradicionales de los romanos, en los que el padre era el mayor referente para todos los miembros de la familia, sobre la cual solamente podían incidir los magistrados, puesto que el derecho romano preveía la posibilidad de enviar a juicio a aquellos que eran demasiado estrictos con sus hijos. El padre gradualmente instruía al hijo en los más diversos aspectos de la vida práctica, la política y la moral a través de sus consejos con su propio ejemplo. (Marrou, 1985, p. 303)

La influencia de la madre era también muy importante. Desde que el niño nacía hasta los siete años, era la madre la que se encargaba de su crianza, y cuando ella no era suficiente para realizar este cargo, se elegía como preceptora de los hijos, a una familiar honorable, de edad madura, que supiera dotar de una buena formación moral. Hay ejemplos notables de madres que después de que su marido muriese, tuvieron que educar a sus hijos, como por ejemplo Cornelia, madre de los Gracos, Aurelia, madre de Julio César, o Atia, madre de Octaviano. (Marrou, 1985, p. 303)

Después, desde los siete años en adelante, el niño pasaba a depender de su padre. Este es considerado como el verdadero educador, aunque luego vendrán los maestros, que tenían una influencia y autoridad casi paternal. Le enseñaba a leer, a escribir, a contar, la agricultura, las virtudes morales, etc. Los hijos de las clases altas acompañan al padre, siguiéndolo hasta el interior de la curia, donde asisten con él a las sesiones del senado y también al foro, a los juicios de los tribunales. Las hijas, en cambio, permanecían más tiempo en la casa, dedicadas a hilar lana y a los trabajos domésticos. Un claro ejemplo de padre que se hizo cargo por completo de la educación de su hijo, como ya he mencionado antes en este trabajo, es el de Catón el Viejo, que intentó moldear a su hijo a su propia imagen. Hasta los siete años se quedó con las mujeres en

la casa y después su padre se convirtió en su constante compañero y maestro. (Bonner, 1984, pp. 27-31 Marrou, 1985, pp. 303-304)

La etapa de educación doméstica concluía a los dieciséis años el joven pasaba un año ocupándose del conocimiento del trato con la gente y se preocupaba de los problemas más importantes que había en la ciudad. A los 17 años los muchachos comenzaban la formación militar, concluyendo los estudios que había iniciado con el padre e introduciéndose en el conocimiento de la guerra. Como señala Novillo “el joven romano realizaba su servicio militar, el *tirocinium militae*, primero como soldado raso y después en correspondencia con la condición social de la familia a la que pertenecía, se integraba en el ejército”. (2016, p. 134; Marrou, 1985, pp. 304-305)

Hay que tener en cuenta también que por otra parte y con mucha frecuencia, hubo casos en que por diferentes razones los niños eran criados y educados en casa de un tío o una tía. Ejemplo de esto son Cicerón y su hermano Quinto, que fueron enviados a Roma cuando eran niños, donde fueron educados junto con sus primos. Otro ejemplo es el de Nerón y Druso, los hijos mayores de Germánico y Agripina, a los que Tiberio colocó al cargo de su tío, para que se criasen con su primo después de la muerte de su padre. También tenemos el ejemplo de Vespasiano, al que crió su abuela Tertula. (Bonner, 1984, pp. 33-34)

Vespasianus natus est in Sabinis ultra Reate vico modico, cui nomen est Falacrinae, XV. Kal. Decb. vesperi, Q. Sulpicio Camerino C. Poppaeo Sabino cons., quinquennio ante quam Augustus excederet; educatus sub paterna avia Tertulla in praediis Cosanis. Quare princeps quoque et locum incunabulorum assidue frequentavit, manente villa qualis fuerat olim, ne quid scilicet oculorum consuetudini deperiret; Suet., Vesp., 2.

Quaesisti utrum mihi putarem, equitis Romani filio, faciliorem fuisse ad adipiscendos honores viam an futuram esse filio meo, quia esset familia consulari. ego vero quamquam illi omnia malo quam mihi, tamen honorum aditus numquam illi faciliores optavi quam mihi fuerunt. quin etiam, ne forte ille sibi me potius peperisse iam honores quam iter demonstrasse adipiscendorum putet, haec illi soleo praecipere—quamquam ad praecepta aetas non est gravis—quae rex ille a Iove ortus suis praecepit filiis: vigilandum est semper; multae insidiae sunt bonis. id quod multi inuideant— Nostis cetera. nonne, quae scripsit gravis et ingeniosus poeta, scripsit non ut illos regios pueros qui iam nusquam erant, sed ut nos et nostros liberos ad laborem et ad laudem excitaret? Cic., Pro Planc., 24, 59.

También cabía la posibilidad de que una madre viuda o un padre viudo se casaran de nuevo, aunque esto no siempre derivaba en algo bueno para los hijos. Aquí se muestra un ejemplo para ilustrar que había excepciones al tipo de educación padre-hijo. (Bonner, 1984, p. 35)

Oppianicus, qui pecuniam Sassiae concupivisset, domo sibi quaerendum remedium existimavit ad eam moram quae nuptiis adferebatur. Nam cum haberet ex Novia infantem filium, alter autem eius filius, Papias natus, Teani Apuli, (quod abest a Larino XVIII milia passuum), apud matrem educaretur, arcessit subito sine causa puerum Teano: quod facere nisi ludis aut festis diebus antea non solebat. Mater misera nihil mali suspicans mittit. Ille se Tarentum proficisci cum simulasset,

eo ipso die puer, hora undecima cum valens in publico visus esset, ante noctem mortuus et postridie ante quam luceret combustus est. Cic., Pro Cluent., 9, 27.

Los pedagogos también tuvieron un papel muy importante en la educación de los niños. Los griegos tenían una larga tradición de protección de los niños, y aunque pueda parecer increíble que los padres dejasen a sus hijos con desconocidos extranjeros que a veces ni siquiera hablaban su lengua, así era. Esto suponía una ventaja para los niños porque gracias a este pedagogo griego comenzaban a hablar y entender la lengua griega desde un principio. Análogamente, el pedagogo acompañaba, se puede decir que casi lo escoltaba, al niño a la escuela, a la palestra, al gimnasio, etc. para protegerlo del peligro tanto físico como moral, incluso en el teatro había dos sitios, uno para el niño y otro para el pedagogo. (Bonner, 1984, pp. 60-69)

Maritis e plebe proprios ordines assignavit, praetextatis cuneum suum, et proximum paedagogis, sanxitque nequis pullatorum media cavea sederet. Suet., Aug., 44, 2

Los niños comenzaban a estar bajo la tutela del pedagogo dentro y fuera de casa, tan pronto como estos dejaban el cuidado de la madre o las criadas, y duraba hasta que el niño, ya convertido en hombre lograba su independencia. El pedagogo era el que ayudaba a los padres a inculcar y fomentar a los niños lo que estaba bien o mal. Al igual que el padre podía reprender al niño y de la misma forma, aplicarle castigos corporales si fuera necesario. (Bonner, 1984, pp. 60-61)

4.3. La educación de las niñas

Las niñas al igual que los niños vivían en la Roma arcaica en un sistema campesino, pero ellas pasaban más tiempo dentro del hogar, donde se les educaba para que cuando fuesen adultas se pudiesen desenvolver como buenas matronas. La tarea de la lana era muy importante, sobre todo en los primeros tiempos solía ser una actividad muy respetada. El hilado era el símbolo de la matrona por excelencia y el huso y la rueca son dos de los objetos que la novia llevaba el día de la boda a su nuevo hogar. Así, vemos que esto tuvo mucha importancia en diferentes etapas: por un lado, se cuenta que Augusto quería volver a las costumbres arcaicas y obligaba a hilar la lana a las mujeres de su familia, que hacían la ropa a los demás miembros; por otro lado, esta misma característica se puede apreciar en la leyenda que nos ha llegado de Lucrecia, que conocemos entre otros por Livio y Ovidio: Sexto Tarquinio y Colatino, el marido de Lucrecia, estaban cenando juntos hablando de sus virtuosas mujeres. Cada uno alardeaba de las aptitudes que tenían sus esposas y terminaron haciendo una apuesta:

demostrar cuál de las dos mujeres era la más íntegra. Entonces, ambos deciden regresar a Roma para saber qué estaban haciendo sus esposas y allí descubrieron a Lucrecia hilando la lana rodeada por sus esclavas mientras la mujer de Sexto Tarquinio se encontraba disfrutando de un banquete. (J. J. Seguí Marco, 2015, p. 197)

Tanto los niños como las niñas a partir de los 7 años acudían al *ludus* para instruirse, aunque a menudo se usaban para ellas preceptores privados. Pero esto tampoco las dispensaba de los peligros, ya que hubo rumores de las sospechosas relaciones entre el ilustre pedagogo Q. Cecilio Epirota y la hija de su amo, a quien le había confiado su educación. Por otra parte, existían los peligros de la calle tanto para niños como niñas. Hay que mencionar que el estudio de la música se aceptaba algo más entre las niñas que entre los niños. Después, en la segunda y en la última etapa también acudían a clase juntos. Sobre esto Marrou indica que “en los sectores de la élite, muchachos y muchachas continuaban estudiando juntos, pues desde las grandes mujeres de la República hasta el Bajo Imperio, la sociedad romana conoció siempre, al menos dentro de la aristocracia, un buen número de mujeres altamente cultivadas, eran mujeres eruditas que los satíricos tomaban como blanco propicio para el ridículo”. (1985, p. 321, 346-347)

Un hecho curioso es que las fuentes literarias indican que solo había hombres desempeñando la función de la enseñanza. Sin embargo, si en vez de las fuentes literarias reparamos en las epigráficas, encontramos unos escasos ejemplos en algunos epitafios donde sí hay mujeres designadas como *paedagogae*. Se han encontrado 98 *paedagogi* en las fuentes epigráficas y tan solo 7 son mujeres. Todas estas *paedagogae* aparecen en el mismo contexto, son libertas o esclavas, que están relacionadas con familias de clases altas, están referenciadas por ejemplo entre los *Statilii* y los *Sulpicii Galbae*. (Seguí Marco, 2015, pp. 201-202)

[St]atilia T(iti) l(iberta) Tyrannis / paedagoga / Statiliaes.

C. Sulpicius C(aii) l(ibertus)l / Venustus. / Sulpicia C(aii) l(iberta) Ammia. / Sulpiciae C(aii) f(iliae) Galbillae / paedagogis suis.

Igualmente, encontramos ejemplos de esto por ejemplo en Africa Cesariense, donde se constata la existencia de una *grammatica*, *Volusia Tertullina*, en un epitafio que le dedicó su marido. Otro es el epitafio que encontramos en el Museo Nacional de arte Romano de Mérida, donde hay una inscripción funeraria en la que *Lutatia Lupata*,

una muchacha de 16 años, es recordada por *Lutatia Severa* como su alumna. (Seguí Marco, 2015, pp. 192-202)

D(is) M(anibus) s(acrum) / Volusiae Tertullinae maritae castae et incomparabili grammat(icae) / quae vix(it) an(nos) XLIII m(enses) III die(s) V, quae cum / marito fecit an(nos) XX m(ensem) I dies XIII / Domit(ius) Flavianus incompa[rabili]

D(is) M(anibus) s(acrum) / Lutatia Lupata, ann(or)um XVI (sexdecim) / Lutatia Severa, alumn(ae) / H(ic) s(ita) e(st). S(ic) t(ibi) t(erra) l(evis).

5. Conclusión

El siglo III a. C. es de gran importancia ya que es cuando se consolida la influencia griega en el sistema educativo, a esto ayuda sobre todo la llegada de preceptores griegos que serán los que instruyan a los niños en las escuelas o en casa. Sin embargo, en este proceso también hubo conflictos, puesto que no todos estaban de acuerdo con esta afluencia de maestros griegos y de nuevas disciplinas griegas. Que hubiese pedagogos griegos y romanos facilitó la adhesión a este proceso de adaptación que experimentó Roma. Los programas educativos estaban centrados a la gramática y la retórica y esto a veces suponía un problema ya que no abarcaba todo lo que se podría, pero la influencia y el tratamiento de este sistema permaneció así hasta el Renacimiento y buena parte de la Edad Moderna. (Bonner, 1984, pp. 11-12)

Asimismo, la relación entre educación y literatura es fundamental, ya que el sistema educativo fue uno de los grandes motivos que sustentaba la actividad literaria. Para los romanos, y también para los griegos, la imitación es una práctica educativa muy importante que no solo se atiene a los textos. Durante los tres niveles de la educación romana los alumnos utilizaban textos, máximas, fábulas, frases célebres, etc., que en cada nivel subían de dificultad. Sobre todo, es en el último nivel donde el uso de los textos en las dos lenguas era primordial, además manejar los textos en las dos lenguas suponía una ventaja para la creación y expresión literaria. En esta etapa se utilizaban los *progymnasmata*, que ayudaban a crear una clara conciencia literaria e ilustrar las diferentes posibilidades que daba una expresión. La paráfrasis y la traducción también son fundamentales, ya que en cierto modo la traducción es una creación literaria que sigue la línea de la *imitatio*. (Bartolomé, 1996, p. 21, 25-26)

Esta práctica educativa difiere en gran medida de la nuestra, ya que como indica Bartolomé que dice Thill “el ejercicio escolar ya no es imitativo, sino descriptivo y crítico, la literatura ha dejado de ser un modelo para convertirse en un objeto. El discurso escolar ha cambiado de plano: no es ya discurso literario, sino sobre la

literatura. Entre los antiguos se aprende a formar el estilo según los escritores reconocidos, la *imitatio* es el resultado activo de la lectura repetida de los maestros que se admira”. (Bartolomé, 1996, p. 25; Thill, 1979, p. 16)

La palabra latina *educatio* engloba, como señala Bonner “la crianza física del niño y el entrenamiento de su conducta”. Este sistema educativo es en buena parte antepasado del nuestro, ya que hay cuestiones que pueden ser de algún modo comparables, como por ejemplo las dificultades que había y el modo de afrontarlas en la escuela y en el hogar, los cambios en la sociedad que afectaban aquí también en el hogar y en la escuela, que los buenos padres y maestros se preocupaban tanto de la educación respecto al carácter del niño como de la cultura que este recibía, etc. (1984, pp. 11-12) De la misma manera, aunque sea algo anacrónico, también se ha mantenido el horario escolar y las etapas en las que está dividido el sistema educativo, ya que podríamos hacer una comparación en la que el *litterator* coincidiría con nuestra educación primaria, el *grammaticus* con la educación secundaria y el *rhetor* con la universidad. En suma, los modelos griegos de educación son tomados por los romanos y de la misma forma estos han sobrevivido durante los siglos hasta nosotros.

Por último nos ha llamado también la atención que las mujeres se instrúan y se interesaban de la misma forma que los hombres por la cultura griega, por lo que no es de extrañar que existiesen mujeres maestras. Estas no aparecen en las fuentes literarias, pero sí en las epigráficas, por lo que no debemos dejarlas de lado. Igualmente, cuando se habla de la educación se piensa en los niños, pero hay que tener claro que las niñas iban a clase con ellos desde la primera etapa del sistema educativo.

6. Bibliografía

(Los textos latinos se citan de acuerdo con las ediciones utilizadas en <https://latin.packhum.org/>)

Bartolomé, J. (1996) “La práctica literaria romana y la literatura griega: algunas pautas para su estudio” en J. Bartolomé, C. García Román, F. González Vega, M. A. Gutiérrez, y P. Redondo, (Ed.), *Historia y métodos en la enseñanza de las lenguas clásicas*. Vitoria: Veleia. pp. 21-35.

Bartolomé Martínez et alii (1992). *Historia de la educación en España y América*. Madrid: Ediciones Morata.

Bonner, S. F. (1984). *La educación en la Roma antigua, desde Catón el Viejo hasta Plinio el Joven*. (1977). Barcelona: Herder.

- Bravo, G. (1998). *Historia de la Roma Antigua*. Madrid: Alianza Editorial.
- Codoñer, C. (1997). *Historia de la literatura latina*. Madrid: Cátedra.
- De León Lázaro, G. (2013). “La educación en Roma”. *Anuario Jurídico y Económico Escurialense*. XLVI. pp. 469-482.
- Fernández Corte, J. C. y Moreno Hernández, A. (2014). *Antología de la literatura latina*. Madrid: Alianza Editorial.
- Jiménez Calvente, T. (2005). “La Literatura Latina Antigua: sus características generales, sus modelos e la influencia del elemento oral”. *Biblioteca de recursos electrónicos de humanidades*. pp. 10-24.
- Lausberg, H. (1999). *Manual de la retórica literaria*. Madrid: Gredos.
- Marrou, H.I. (1985). *Historia de la educación en la antigüedad*. (1971). Madrid: Akal.
- Moro Ipola, M. (2007). “Quintiliano de Calahorra: didáctica y estrategias educativas en la antigua Roma”. *Foro de educación*. Nº 9. pp. 125-132.
- Negrín Fajardo, O. y Vergara Ciordia, J. (2011). *Historia de la educación*. (2009). Madrid: Editorial universitaria Ramón Areces.
- Novillo López, M.A. (2016). “Educación y renovación pedagógica en la antigua Roma”. *Tendencias pedagógicas*. Nº 27. pp. 125-140.
- Redondo, P. (1996) “Bilingüismo y educación en Roma” en J. Bartolomé, C. García Román, F. González Vega, M. A. Gutiérrez y P. Redondo, (Ed.), *Historia y métodos de la enseñanza de las lenguas clásicas*. Vitoria: Veleia. pp. 13-20.
- Roldán Hervás, J. M. (1995). *Historia de Roma*. Salamanca: Universidad de Salamanca.
- Seguí Marco, J. J. (2015). “La docencia femenina en la Hispania romana: una infundada conjetura”. *Historia de la educación*. Nº 34. pp. 191- 205.
- Soriano Sancha, G. (2006). “Marco Fabio Quintiliano: la educación del ciudadano romano”. *Iberia*. Nº 9. pp. 107-124.